

## MI CUARTO A ESPADAS

*José Marín Cañas*

— I —

Se ha hablado en estos días de Hegel, aquí en Costa Rica, tanto como se debió de hablar de él, hace cosa de 160 años, en Bamberg allá por 1805, que calculo yo como tiempo transcurrido desde que sus teorías cambiaron el panorama filosófico de la época, introduciendo nuevas y originales concepciones, las que, al correr del tiempo, y junto con las de Rousseau, Marx, y Einstein, nos iban a adobar el mundo moderno de hoy, al cual le debemos tanto progreso, tanta civilización, tantas ideas, descubrimientos, inventos, conformaciones nuevas en general relativas a la interpretación de la vida. (Si a esta cosa de ahora se le puede llamar con propiedad vida).

Se ha hablado de Hegel, pero no todo ha sido elogio y para bien del filósofo. Don Cristián Rodríguez, que fue el que levantó la polvareda, no solamente lo puso como chupa de dómine, sino que para traer a declarar a un testigo de excepción, nos endosó la opinión de Bertrand Russell, filósofo inglés que como ustedes saben, unos hablan mal de él y otros lo hacen peor aún.

A la embestida de don Cristián, contestó nuestro doctor Láscaris, y a pesar de que el filósofo aragonés es camorrista de natural, se comportó con mesura, limitando su acción a poner algunos puntos sobre las íes, en aquellos en que las íes no estaban de acuerdo con su criterio filosófico personal. Contrariamente a don Cristián, don Constantino aseguró que Hegel era, dentro del movimiento filosófico de su siglo, la figura más importante, y que constituía un dislate (la adjetivación es mía) el oponerse al peso específico y al tamaño del filósofo alemán.

De este primer round, el público quedó enterado, aunque someramente, —tal y como quedó el que escribe— de varias importantes cosas: Que había existido un filósofo Hegel que podría ser bueno o malo, según el punto desde el cual se mirara al filósofo. La técnica de mirar a las cosas desde varios puntos determinados, y con ello variar su perspectiva, es una técnica a la cual se ha referido ya el eminente Tierno Galván. Pero, si no nos engaña la mirada, tendremos que llegar a la conclusión de que si uno dijo que era malo, no dijo o demostró por qué. Y si el otro le llevó la contraria y planteó la afirmación de que era bueno, se engulló las razones que tenía para sostener su aserto.

Temo tener que hacer, al llegar a este punto, una aclaración insoslayable. Don Cristián, en una segunda salida por los campos de la filosofía, aseguró que el mal concepto y las palabras inconvenientes en contra de Hegel empleadas por él, se debía, más que a otra cosa, a que era ininteligible para cualquier caletre humano que tuviera un desarrollo hasta de medida superior. Y como “para muestra un botón”, dice el adagio popular, nos encajó un párrafo en el que las palabras estaban colocadas en la forma en que las colocan muchos jueces al sentenciar, que después de leída la sentencia lo llamamos por teléfono para que nos indique, en la forma más breve posible, si perdimos o ganamos el pleito.

En este histórico momento, intervino en un preludeo de tercer round, el escritor Luis Burstin, que viene ya desde hace meses realizando una labor de divulgación cien-

tífica —en varios campos del conocimiento humano moderno— digna del aprecio de los lectores. El señor Burstin entró al ring, a pesar de que no es costumbre la presencia de tres contendores en los encuentros usuales de boxeo, y solamente se permite eso y aún más, en los de lucha libre. El asunto, pues, rebalsó los convencionales reglamentos de las doce cuerdas en su forma más ortodoxa.

El escritor señor Burstin no entró de lleno a tomar bandería del lado de uno o del lado del otro. No vino a decirnos que tenía razón don Cristián o don Constantino, sino que apareció —irrumpió en el campo de la liza— para especificar por qué Hegel era grande, de tamaño y de pensamiento, y cuáles eran las razones por las cuales no solamente erraban los que no lo entendían o afirmaban no entenderlo, sino que erraban, igualmente, por defecto, quienes no salieran a exponer el tamaño de su obra filosófica, así como las proyecciones en su época, los cambios de su generación en cuanto al pensamiento filosófico, y las proyecciones que tendrían sus ideas sobre el mundo actual, proyecciones que llegan hechas ya un adobo completo con las posteriores aplicaciones que de su credo hicieron otros filósofos, citados más arriba.

El escritor Burstin, posee, como cualidad fundamental de sus escritos, una claridad meridiana para poner al alcance de los lectores medios, esos problemas absurdos, ininteligibles y enrevesados que son producto de la física moderna, de la filosofía de todos los tiempos, y hasta de la política nuestra, cuyos crucigramas y sorpresas a veces escapan hasta al ojo zahorí del "médico chino". Gracias a estas beneficiosas virtudes —un amigo mío dice que el hombre escribe como piensa— tenemos ocasión de enterarnos de lo que discuten los de mente acostumbrada a los rompecabezas, cuyo iniciador fue Descartes, con su "Discurso del Método", interpretación que constituye un verdadero esfuerzo mental para cualquier lector medio.

Así pudimos quedar "bañados" como dicen los cronistas deportivos, de las ideas fundamentales de las teorías de Hegel. La primera, sencilla y escueta, es de fácil comprensión: sitúa en el hombre, arrebatando el concepto de fuerzas exteriores superiores, la potencia creadora resumida en estas palabras: "El mundo del hombre es la obra del hombre". No he oído en mi vida, una verdad de puño más recia que ésta. Por muy ajeno que uno sea a los calambures de la filosofía, esto es tan claro y tan meridiano, que, a poco que pensemos, vamos cayendo en una serie interminable de conceptos que son corolarios y escolios maduros que se desprenden sin siquiera mover mucho las ramas.

Como el concepto de "periodista" tiene para mí una interpretación más de investigadores —en cada hombre hay una noticia, en cada noticia hay un drama, en cada palabra hay un misterio, y en cada misterio hay una información— que de simples relatores o de infatigables "viatores" en el sentido teológico de caminantes, les encajé a mis alumnos una conversación sobre la polémica de actualidad, a fin de que se vayan acostumbrando a no leer fotonovelas, y a comenzar ese buceo de todo lo dialéctico, en busca de deducciones que sirvan para salir de la modesta condición de reportero.

Temo mucho que por la falta absoluta de dominio de la materia, la conversación resultara pesada y sin miga. Y por temor de que con este primer artículo, me pase lo mismo, vamos a dejarlo aquí, para luego seguir y contarles a ustedes cómo fue que al igual que Colón, buscando el camino de las Indias, tropezara de buenas a primeras con "mi" continente americano. Es decir: cómo logré entender el segundo de los principios de Hegel, y su consecuencia, también principio, que, como dicen los opositores del filósofo, no lo entendía nadie y no por falta de entendederas.

Se trataba del punto de la "enajenación", como estado germen de la libertad. Dios ayuda al que se acuesta tarde. Eso pasó aquella noche.

Lo que pasó aquella noche, cuando estaba a punto de ser un enajenado, en el sentido que le dan a la palabra en el Chapuí, lo sabrán ustedes si tienen la paciencia de leerme cuando salga el segundo de esta serie. Que yo soy el primero en no recomendarlo.

## — II —

Deseo aclarar, antes de seguir adelante, que mi posición al intervenir sin derecho alguno, sin conocimientos adecuados, sin estudios previos, a un tema que por mi enciclopédica ignorancia me está vedado, se debe al hecho de que he tomado, por voluntad propia y como una posición de "oyente", el puesto de "guardalíneas". Como ustedes habrán podido ver, a pesar de lo que corre para arriba y para abajo con la bandera, el "guardalíneas", aunque se "suda" cada partido como cualquiera de los "cracks", el pobre no le da nunca una patada a la bola, ni se requiere que lo sepa hacer. La misión del "guardalíneas", es por lo tanto, modesta; no se le pide que tenga o no habilidad para dar patadas, ni se requiere nada más que no se meta en el campo de juego, sino que lo vea, lo trabaje, levante la bandera a su tiempo y tenga la resignación de "soportar" los epítetos que le dediquen a su señora madre cuando se equivoca, cosa que ocurre muy "no infrecuentemente", como podríamos decir, para decir frecuentemente, en una forma realmente atractiva, interesante y de terminología culta. Porque el guardalíneas, a pesar de ser un guardalíneas, puede también ser un guardalíneas que se estime.

Comentábamos en el anterior artículo, visto desde fuera de la línea que delimita el campo filosófico en el cual están los contendores exponiendo sus ideas, que la primera y fundamental de Hegel, es la de que "El mundo del hombre es la obra del hombre".

Esto parece que rompe la creencia filosófica clásica que había venido siendo el campo especulativo de los filósofos. Achacaban por lo visto el mundo del hombre a factores superiores al hombre. Resultaba pues, el hombre, inquilino en una casa que ni había hecho él, ni la había comprado, ni la tenía en alquiler. Era cosa recibida, hecha por fuerzas superiores, más allá del sentido terrenal. El "guardalíneas" piensa que, debido a ello, las edades en que este sentido prevaleció, tuvieron como fundamento, la creación de iglesias que se acercaran lo más a Dios. El hombre trataba de mirar hacia arriba, que por lo visto, era la fuente magnífica de donde podríamos recibir bienes sin cuento.

Y como para muestra un botón, ahí estaban los reyes, cuyo mandato tenía esa procedencia.

Inopinadamente resulta que el esfuerzo ya no es para arriba, sino para abajo. El mundo del hombre, lo cual quiere decir, "el mundo de cada hombre" parte alícuota del mundo total, es la obra de él mismo, y no de otra fuente. Toda la ambiental encajería de lo super humano, de la brujería, de lo etéreo y divino, tuvo un cambio exactamente como cuando se coge una silla y se la pone con las patas para arriba.

El sistema funcionó y despertó como es natural el barullo que logran los disparos que dan en el blanco. Bien pronto, comenzaron las "dificultades". A estas dificultades los contendores filósofos, las llaman las "contradicciones". Todo sistema ortodoxo, en su estado primigenio, en su actitud de reposo y desnudez, tiene un encanto que fascina. (Todos los negritos son lindos). Pero en cuanto los hombres lo ponen a funcionar, comienzan las dificultades. (Lo mismo ocurrió con las ideas de Rousseau sobre la razón de la mayoría, por el solo hecho de la mayoría, a la cual se le adjudicaba una especie de alma superior a las distintas almas por separado del conjunto, y esa razón superior resultó una voluntad infalible, capaz de definir el bien y el mal. El sufragio universal fue el cauce para expresar la voluntad de la mayoría, y de ahí entramos en la condición de que las misiones eternas, la justicia y la verdad, no eran ya productos permanentes de la razón, sino decisiones expuestas a la voluntad humana).

El "guardalíneas" se permite introducir de su cosecha la siguiente enfermiza afirmación: Para demostrar lo falso de esta teoría, basta someter a la consideración de la mayoría la "verdad" de un hecho científico físico, o la calidad de una obra de arte realizada. La mayoría, si acierta, es por super extraordinaria casualidad. Yerra, en el 99 por ciento de los casos. Mil aclamarán a "Ladrillo". Si acaso 3, votarán por Beethoven.

El sistema roussoniano está pidiendo a gritos una revisión urgente.

La creación y aparición de las "dificultades", a las que filosóficamente llaman "contradicciones" fue la aparición de la explotación del hombre por el hombre, que venía a ser ya una cosa muy mal vista, después que los franceses lograban el derrocamiento del absolutismo, le cortaban la cabeza a cuanto bicho viviente olía a procedencia y derecho divino, y plantaban sobre la faz del mundo el trinomio de la igualdad, la legalidad y la fraternidad. La explotación del hombre por el hombre, que era precisamente la consecuencia inmediata y la interpretación pragmática del postulado de Hegel, (el mundo del hombre es la obra del hombre, se había tornado en: el mundo de este hombre lo hará con el trabajo de los demás hombres). El asunto habría caminado de perillas para el "hombre" que iba a hacer su mundo, pero no era así para los otros "hombres", a quienes no les venía de cuello el oficio, después del brillante postulado de la "Igualdad", palabreja adobada con delirante entusiasmo y chamuscada y calentada al calor de la batahola por la Bastilla.

Al llegar a este punto, el "guardalíneas", que ya tiene la lengua afuera de correr para arriba y para abajo, siente el deseo ineludible, insoslayable y de "imperativo categórico", para hacer uso de la parte mollar del sistema de Kant, de levantar la bandera, no sabe si para marcar un gol, un fault o un corner. Pero, levantar la bandera.

En los tiempos antiguos, cuando las naciones que llevaban a cabo grandes misiones históricas tenían como permanentes la verdad y la justicia, la "esclavitud", a pesar de ser una cosa hoy tenida por inaguantable dado el alto alcance cultural del medio moderno, tenía la bendición de los beneficiados, la aprobación de los filósofos, y hasta se le consideraba poseer un sentido paternalista, como cuando Stalin se retrataba rodeado de niños gordos.

Pero ya en los tiempos en que Hegel produjo la base de su sistema, Rousseau había establecido su sistema y la Revolución Francesa, (posteriormente Napoleón sería el jefe de Relaciones Públicas de la nueva empresa) planteaba el nuevo sistema filosófico de tres palabras que se coloreaban al son de una música marcial de un tal Rouget de Lisle, pensar en la esclavitud, era como si pretendiéramos ahora hacer un viaje a Puntarenas en carreta aprovechando la próxima llena. Debía descartarse la palabra "esclavitud" como indigna de las personas de educación refinada. Que las de educación no refinada, la descartaron como odiosa y sin que nadie les suplicara que lo hicieran.

Sin embargo, la "explotación del hombre por el hombre", aunque era la pragmatización de un postulado filosófico, retornaba en toda su vivencia, el sentido de la esclavitud. Era la misma mona, pero con distinto rabo.

En una calle de Manchester vivía a la sazón don Carlos Marx. Parece que a él le interesaba la situación. Era un viejito de barbas.

El "guardalíneas" levanta la bandera para marcar el final de la "etapa inicial". En la "complementaria", trataremos de hablar sobre la famosa "enajenación". Ese es el punto segundo de las teorías de Hegel. Ojalá logremos que el que escribe entienda lo que va a escribir.

## — III —

## LA ENAJENACION

Aunque dudo de que, fuera del linotipista y del que escribe, haya alguien que quiera perder el tiempo leyendo las divagaciones de este "guardalíneas", el que con una muy encomiable intención trata de descifrar, fuera del campo, y en forma totalmente neutral los intrincados problemas filosóficos que se han planteado alrededor de Hegel, del que don Cristián, sigue diciendo que no lo entiende nadie, me apresuro a declarar que tales artículos no pretenden llevar luz a los lectores, que bastante tienen los publicados por entendidos, sino persiguen, únicamente, el deseo de llegar a dos puntos: que el linotipista y el que escribe, graben en sus mentes las encrucijadas del asunto. Nunca es tarde para tratar de aprender, pues el saber no paga derechos de aduana ni exceso de peso en los aviones, y se puede adquirir, aunque sea parcialmente, con un poco de buena voluntad. Y el segundo punto es: Que si no se remedia la cosa, estamos ante una nueva invasión de los bárbaros. No serán los hunos, pero es posible que sean los otros.

Dijimos en nuestra anterior salida, que este artículo, aunque lo anunciábamos, no lo recomendábamos. Nada más exacto. Se trata, como puede verse a simple vista, de la interpretación de fórmulas planteadas por personas doctas, y repetidas como quien las escribe para darles más fijeza.

Confesamos que el punto de la "enajenación" no lo logramos localizar en su verdadero sentido. Y la cosa se nos puso más complicada, cuando este estado de enajenación resultó ser, según Hegel, la semilla de la libertad del hombre. Tal aseveración nos puso los pelos de punta, porque si la palabra en sí era ya de difícil asimilación, con el agregado que se citaba, la oscuridad fue total. Es el mismo caso de las Compañías Eléctricas y los rayos. Parpadea la luz un rato y termina por irse de sopetón. Vamos, pues, a comenzar nosotros a encender candelas para ver si es posible que sigamos corriendo la línea, en nuestro oficio de "guardalíneas" sin que demos un tropezón y nos vayamos de narices en forma definitiva.

Dije que "Dios ayuda al que se acuesta tarde"; rompiendo el refrán popular y cierto de que "Al que madruga, Dios lo ayuda".

Una noche, leyendo a don Pedro Laín Entralgo, que como ustedes deben saber, si no lo saben, es uno de los más altos ensayistas españoles del momento actual, en una de sus páginas, me encontré un delicioso párrafo acerca de la "peregrina aventura de leer". Se trata de un ensayo sobre "El coloquio de los perros", "Berganza" y "Cipión", soliloquio de don Miguel de Cervantes. Laín Entralgo, a poco de iniciar su trabajo —que figura entre sus "páginas preferidas"— dice lo que a continuación copio:

"Leer es, por lo pronto, varias cosas. Leer es a veces "aprender", incorporar a nuestro espíritu, hasta hacerlas nuestras, las noticias que contiene el texto leído: así el estudiante frente al libro de texto y la madre ante la carta del hijo ausente. Leer es, otras veces, "formarse", dar al propio espíritu la forma espiritual de aquello que se lee: así el platonizante cuando lee a Platón o el devoto moderno que medita sobre las páginas del padre Nieremberg. Leer puede ser también "afirmarse", definir la personalidad propia frente a las opiniones de que discrepamos. Leer es, en ocasiones "enajenarse", salir de uno mismo y perderse en el mundo creado por el autor de lo leído: tal el muchacho con la novela de aventuras".

Cuando vi la palabra "enajenarse", confieso que me dio un vuelco el corazón. Sospeché desde el primer momento, que en esa interpretación y en ese ejemplo, si no estaba la clave del misterio, por lo menos ya tenía una pista. Pensé de inmediato, que "enajenarse", tal y como estaba aplicada la palabra en el postulado de Hegel, tenía el sentido que pareciera desprenderse de lo leído: El acto de salirse de sí mismo,

más que acto intrascendente, resultaba, a la manera de ver de este "guardalíneas", un verdadero poder trascendente, pues ello implica no un acto cualquiera, una minucia de la vida, un hecho cotidiano, indigno de detenerse sobre él, sino un poder del cual estaba dotado el ser humano, poder irrefutable, inalienable, permanente; una fuerza cuyos límites sobrepasaban todas las limitaciones a que está sometida esta insignificante arquitectura humana, a la cual la derriba cualquier microbio que pase y se le ocurra jugarlos una trastada. Era, por lo visto, un poder del espíritu completamente inencadenable, imposible de aherrojar, fuera de toda posibilidad de limitación humana exterior. Y, aunque la lógica y el raciocinio han sido usados por el "guardalíneas" en muy contadas excepciones, traté de lograr encadenar las dos o tres ideas que se me vinieron de sopetón, para descubrir en ese poder la semilla, auténtica, la inatacable, la indestructible, de la libertad del hombre. No me cupo ya la menor duda, de que con un sentido más elevado y más ancho, la palabra había sido empleada en esa misma misión en que lo fue ahora, y que su sentido original, si bien en los tiempos modernos resulta estrecha después de las libertades conseguidas, debió tener su verdadera y auténtica envergadura en el sentido de cosa factible, dentro de las terribles limitaciones de una sociedad tanto semi-feudal, como absolutista. Debe recordarse que las teorías de la Revolución Francesa, en la tierra de Hegel, eran nada más que razones especulativas, pero no de acción. Se podía pensar en ellas, pero no practicarlas.

Desde entonces, el hombre comenzó a salirse de sí mismo y a enajenarse, libertarse, trasladarse, cumplir su misión de "viator", que los teólogos le dan al hombre, como viajero, caminante.

Lo malo es que la enajenación bien pronto se trasladó de los campos del espíritu a los campos materiales, a los productos, al trabajo, al comercio. Ya lo dije: la teoría en reposo, es de maravilla. En cuanto los hombres le aplican movimiento, comienzan las "dificultades".

De todas estas ideas, en mi opinión vamos acumulando "dificultades". Se amontonarán más si seguimos corriendo la línea y levantando la bandera. Hasta que lleguemos a un estado en el que el mundo esté como lo está a punto de convertirse en un caos de cenizas atómicas. Por dicha que ya el "guardalíneas" no lo verá.

Para entonces, habrá entregado ya la bandera desde hace rato.

#### — IV —

### NACE UN POETA

Hemos de aprovechar un respiro en la contienda, cuyo fragor ya no se oye porque los contendientes se han quedado mudos, y el que sigue haciendo alboroto es el "guardalíneas", para que examinemos las características del juego. No es de extrañar que introduzcamos en el programa este número no anunciado, pues ya es cosa sabida que en las fiestas de final de curso, siempre hay una "muerte del cisne" que va a bailar una aventajada alumna, número que es sorpresivo, porque por un error de imprenta se quedó en el tintero. Además, la costumbre en nuestro país es que en cada lapso de descanso, los "técnicos" verborreen su opinión. Costa Rica está a la cabeza mundial en la estadística numérica de los técnicos de fútbol. En ninguna parte del mundo los hay superior en número, ni en variedad, ni en entonación. Cada ciudadano es un técnico y es capaz de dar codazos para que se oiga lo que él opina.

¿Por qué entonces, no hemos de sumarnos a la inacabable fila de ellos? Yo no veo razones en contrario. Vamos a aumentar la lista. Es uno. Nada más.

El panorama visto hasta ahora se reduce a dos o tres cosas que al parecer son inofensivas pero que en el fondo contienen reprimida una carga de explosivo T.N.T., que como ustedes saben es, después de la atómica, no solamente lo que más bulla hace, sino lo que también deja más pulida la parte devastada sobre la que explota.

Hegel ha asentado un principio que cambia totalmente el aspecto de la especulación filosófica clásica. Ese principio lo reduce el señor Burstin, sobre cuyas claras y enjundiosas explicaciones, hemos ido formando nuestro pequeño hórreo de filosofía digerida, a las siguientes palabras: "El mundo del hombre es obra del hombre".

Este principio lo vamos a repetir para que no se le olvide al que esto escribe; "El mundo del hombre es la obra del hombre". Y decimos, para que no se le olvide, porque al mismo tiempo que Hegel plantea este principio, da por sentado también la existencia del principio de la contradicción, al que nosotros, en la parla familiar, lo hemos llamado, con un inexplicable irrespeto, las "dificultades". Y al decir Hegel que el principio filosófico engendra la teoría de la contradicción, que es como decir en nuestra habla por "generación espontánea", viene a confirmar el principio que, sin ser filósofos ni cosa que se le parezca, hemos asentado nosotros en las palabras siguientes: "Las teorías filosóficas, —sociales o políticas— son un primor mientras se mantengan en reposo. En cuanto llegan los hombres y les imprimen movimiento, comienzan las contradicciones, o sea las "dificultades".

Para abrir boca, los hombres descubren, como primera aplicación del principio, que el "Mundo del hombre puede ser la obra de otros hombres". Este descubrimiento constituye algo mucho más perdurable que el viaje de Colón, el microbio de Pasteur y el hongo de Fleming. El hombre descubrió en la Edad de Piedra que si entre dos le daban con dos piedras en la cabeza a un dinosaurio, era más fácil dejarlo inanimado, y que tuvieran cena las familias, que dándole uno solo y con una sola piedra. El proverbio de que la "unión hace la fuerza" es mucho más antiguo que el principio hegeliano.

Descubrir el hombre que la obra del hombre podía ser la obra realizada por otros hombres, constituye, desde luego uno de los actos más notables de la historia de "la condición humana", cuyo capítulo específico se le olvidó a Malraux incluirlo en su notable obra.

Tenemos pues, hasta este momento, dos cosas importantes: El principio filosófico primigenio y la contradicción primigenia. Ya tenemos al "hombre" pensando en vivir de los demás "hombres".

El segundo que hemos comprendido, dentro de las teorías hegelianas, que según varios no las entiende nadie y según otros son claras como la luz del día, es el de la "enajenación", sobre cuya exégesis escribimos algunas divagaciones y llegamos hasta creer haber profundizado en la palabra para encontrar el verdadero nacimiento de la semilla de la libertad. Esa enajenación, hizo que el hombre se saliera de sí mismo y se lanzara al intercambio de productos, estableciéndose el comercio, después la industria, hasta terminar en la Integración Centroamericana, cuya batahola actual nos da una impresión bastante clara de lo que son los hombres cuando ponen en movimiento algún mecanismo, pensamiento o idea. La realidad es que ya Hegel había anunciado al hombre como un ser en movimiento, y hasta los teólogos, asignan a los caballeros un destino de "transeúntes".

La Revolución Francesa da a la filosofía de la época, un aporte inusitado: La romántica ecuación de la "Fraternidad, igualdad y libertad" constituye un plato tan recargado de grasa, que fuera de Francia, en la que sí hay un hartazgo, en los estómagos de los vecinos de los otros países, aquella fórmula tripartita no pasaba de una especulación filosófica, imposible de llevar a la práctica, sin riesgo de poner las barbas, no en remojo, sino entre rejas. De los tres términos de la ecuación, la gente bien pronto se olvidó de la fraternidad, (palabra incluida para despistar). La igualdad fue perdiendo su verdadero sentido y recuperando su condición de "físicamente imposible". Para sustituirla, se inventó la "igualdad" sintética, o sea un producto de la industria moderna, que al igual que lo "plástico", tiene la ventaja de "parecerse mucho sin serlo" y no romperse al caer. Es una "desigualdad" de tira y encoje, que aparenta ser la igualdad, pero no lo es. Hay cacharros que parecen de vidrio, y no lo son. El hombre está dotado de una gran capacidad de mixtificación.

Quedó con vida solamente la palabra "libertad" y en nombre de ella, según me han contado, se cometieron crímenes en cantidad quizás irracional.

En ese histórico momento, los "hombres" se enfrentan con un mundo nuevo, sobre el cual han llovido tres o cuatro ideas fundamentales: La explotación del hombre por el hombre, la creación del comercio, desfallecimiento de la artesanía, (que sí era el postulado de Hegel) aparición de la pequeña industria, y la novedad maravillosa de que la mayoría estaba dotada de una clarividencia de taumaturgia para definir los campos políticos en virtud de la cantidad y no de la calidad (Rousseau).

El 5 de mayo de 1818, en Tréveris había nacido un niño. Dentro de aquel mundo conmovido y excitado, aquel niño traía en la frente un signo inofensivo y dulce. ¡Había nacido un poeta!

De ese poeta, de ese mundo, y de lo que pasó después, ya hablaremos con más calma un día en que ustedes tengan ganas de charlar.

— V —

"MICROBIOGRAFIA DEL POETA"

Se asegura que Hegel afirmó en tiempos de violencia y crisis, frases que vamos a repetir, copiadas, naturalmente, de uno de los contendientes en la polémica que estamos nosotros armando, sosteniendo y auspiciando. Son interesantes porque el momento actual del mundo, tiene mucho de violencia, de cambio, de búsqueda y desconcierto. Leámoslas, pensando que estas frases amargas y conminatorias, iban a tener un eco profundo en la mente del poeta, cuyo nacimiento anunciamos, y cuyo genio iba a conducirlo a él, primero, y al mundo después, por los nuevos caminos en los cuales el peligro que anunciaba Hegel como próximo y terrible, se volvió, precisamente en nuestra época, una bomba atómica de tiempo, colocada exactamente en el sitio en el que estamos ardentemente interesados en vivir tranquilos para contemplar las maravillas del adelanto científico.

Esas frases fueron:

"¡Qué ciegos están quienes imaginan que instituciones, constituciones, leyes, que ya no se ajustan a las costumbres, las necesidades, las opiniones de los hombres, puedan quedar subsistiendo; que formas en las cuales la inteligencia y el sentimiento no se interesan más, son suficientemente poderosas como para constituir la unidad de un pueblo! Ante el sentimiento de descalabro de todas las cosas, no hacer más que esperar tranquila y ciegamente el desmoronamiento de la vieja estructura llena de grietas y corroída en sus raíces y dejarse aplastar por el andamiaje que se derrumba, es contrario tanto a la prudencia como a la dignidad".

Estas palabras, más que de un filósofo, parecen las de un profeta. Jeremías, no habría tenido asco en ponerles la firma. Subyace en ellas, a poco que las leamos dos veces, el trueno de Dios. Y bien merece la pena que repitamos las últimas para meditar un poco sobre ellas, ya que este final del siglo XX parece que va a ser un caldo dramático y será necesario invocarlas y traerlas al plano de lo actual.

Tenía razón Hegel cuando las escribió bajo el pesimismo que le producía el contraste del absolutismo de su patria y las ideas de renovación filosófica, que como vientos de fronda, corrían ya por toda Europa.

Como de filosofía anda mal el que esto escribe, no podría asegurar que tales palabras impresionaran al poeta, pero la realidad es que en él nació, como por intuición de genio, la creación de una idea cuyas proyecciones sobre el campo de la realidad humana, tienen al mundo hoy en una problemática de escalofrío.

No vivió el poeta una vida mansa y lírica. Había nacido en Tréveris, país renano incorporado a los dominios de Prusia. Su padre era un viejo judío, fiel al

espíritu del siglo XVIII, abogado por más señas y devoto de Voltaire y Rousseau. No obstante este avance de las ideas, en el fondo era un patriota conservador y por ende, monárquico. Bien pronto fue judío converso, y aunque se afirma que el paso fue dado no por su propia voluntad, hay pruebas de lo contrario. El poeta creció pues, en medio de ideas avanzadas y prácticas conservadoras. Los judíos, emancipados políticamente por la Revolución Francesa, en Prusia seguían siendo una clase aparte. Convertirse, significaba salir del Ghetto y europeizarse. La madre del poeta era holandesa, y como el padre, blandamente amorosa.

Desde muy joven, nuestro poeta da los rasgos más definidos de su personalidad vehemente, vigorosa, rebelde, pero disciplinada. Su temperamento de artista le hace aflorar sus condiciones y virtudes de lírico quemante. Su amistad con Enrique Heine une a dos poetas excelsos en una larga fidelidad de objetivos. Pero el vaso de la poesía iba a ser una vasija de dimensiones exiguas para el tamaño del genio. Sus nervios se iban estirando en busca de una vida más activa, más febril, más de batalla. Se une en matrimonio con Jenny de Westfalia, aristócrata descendiente de condes escoceses, y esta será su compañera en todo el largo calvario del poeta que va a convertirse en el más grande revolucionario de la época. En Berlín conoce, a través de doctores y profesores, la filosofía de Hegel. El poeta, ya convertido en filósofo, aspira a una cátedra de la materia. En 1841, próximos los años cruciales del 48, alcanza el doctorado en filosofía, pero su espíritu está enajenado frente a los grandes problemas de la vida, en una forma revolucionaria doctrinaria, pero insoslayable para el aliento poderoso que escapa de sus propias formas humanas. Lanzado al periodismo, en el que ha de emprender largas y furiosas batallas contra los moldes rígidos de una sociedad encasillada, comienza a hacer la vida del proscrito. Va a París, en donde se inicia en el estudio del socialismo. En París, que en ese momento refunde el espíritu universal de las nuevas ideas, el ex poeta, que está a punto de amalgamar la filosofía con la sociología, vive con toda plenitud el ritmo lleno de lumbre del momento humano de la crisis.

Un día su mirada se detiene sobre la miseria —realizada como hecho social en los ladrones de leña y los vendimiadores del Rhin— y piensa en el contraste de los discursos parlamentarios, la lucha de los intereses y la multitud separada por las clases. A este problema dedica su amor. En el año 43, es cuando su amistad con Heine se hace más profunda. Conoce a Bakunin, el anarquista que preconiza la sociedad arrasada, y bien pronto se enfrenta a sus teorías, ya gestando lo que habría de ser una nueva interpretación de la Economía Política. Entonces tropieza, al través de un trabajo "Trazos para una crítica de la Economía Política", —con su amigo, en el que ha de encontrar su compañero de vida, su protector y ayuda en la magna obra que planea. La conjunción de estos dos elementos humanos, ha de dar la perfección en cuanto al proceso constructivo de una nueva teoría que sea el producto de las ideas caídas sobre aquella época de mediados del siglo. Su vida es azarosa. Vuelve a Alemania, en donde es procesado y desterrado. Vive en la pobreza más absoluta, acompañado sólo de su mujer, su amistad nueva y su genio. Arrojado también de París, se instala en Londres, en la más terrible miseria. Los hijos van muriendo, víctimas de su estado económico. Todo se derrumba, se mustia, se hace ceniza. Sólo el amor de su compañera, la amistad del amigo y su genio prevalecen en la catástrofe. Desesperadamente, se abisma en todos los economistas clásicos, estudia con delirante persecución las relaciones del Parlamento inglés con el mundo obrero, y en su mesa y en el cuchitril donde trabaja, comienza a forjar la obra que va a trastornar la estructura de la sociedad y del mundo posterior hasta nuestros días.

Sobre una hoja en blanco, el que fue poeta, filósofo, revolucionario, escribe: "La substancia del valor es el trabajo".

En ese histórico momento, nació un mundo nuevo.

Su mujer se llamaba Jenny. Su amigo, Federico. El, se llamaba Carlos.

Ya ustedes lo saben todo: era Marx.

## EL MUNDO NUEVO

Todos sabemos que después de escrita la frase de: "La substancia del valor es el trabajo", Marx desarrolló una ingente labor para levantar una nueva interpretación de la "Economía Política", usando para ello, el sistema deductivo. Aunque parezca que esta palabreja es una de tantas, es error el creerlo así. El sistema deductivo constituyó la base fundamental del tremendo interés con el que el mundo, siguió los trabajos del poeta-filósofo-revolucionario, que al parecer, estaba llegando a conclusiones asombrosas, levantando un edificio que no tenía puntos de contacto con la filosofía clásica, hasta el momento conocida dentro del campo de la Economía Política. Esas conclusiones fueron tomadas en su enunciación como verdades incommovibles, pues es sabido que cualquier razonamiento lógico posee una poderosa belleza de construcción y enajena a los espíritus por ser muestra palpitante del ingenio, y hasta del genio del constructor.

El comentarista, se atreve —con ese desparpajo que tienen los ignorantes— a establecer una correlación, un pequeño secreto sobre la técnica usada en esa primera frase de arranque de la monumental obra que el genio de Marx estaba escribiendo. "El Capital", libro "del que todo el mundo habla, pero muy pocos han leído" dada la fatiga y pesadez de su lectura, que constituye, con la Biblia, los dos únicos que tienen el tamaño de fabricados en nuestra era moderna y en nuestros tiempos contemporáneos.

Si viviseccionamos la frase y sobre ella detenemos la mirada, no es difícil el que bien pronto hayamos de caer en un hecho realmente insólito para las ideas del tiempo: el hombre, representado por su trabajo, entra a formar parte del valor. Es el momento en que la mercancía, ya sea el producto agrícola —roturada la tierra, sembrada la semilla, cultivado su desarrollo y recolectada su cosecha— o el producto manufacturado —cambiada su forma prima y trasformada su esencia y relleno en artículo aplicable a la actividad humana— ha alcanzado un factor que le conceden el comercio y la industria incipientes, el valor. Pero para asombro de tirones y troyanos, ese factor fundamental —que luego ha de parecer un nuevo jinete del Apocalipsis— tiene una substancia, y esa substancia es el trabajo, y ese trabajo lo hace el hombre. Resumiendo, podemos afirmar, que el hecho constituye la entrada del hombre a formar parte de su obra. Comienza en el campo práctico a realizarse el principio hegeliano. "El mundo del hombre es la obra del hombre", cuya primera variación en do menor, la habíamos establecido como "el mundo del hombre, es la obra de otros hombres". El hecho trascendente en este momento, es que "los otros hombres" acaban de ser incorporados al "mundo del hombre", sea cualquiera el hombre que sea, y con prescindencia de sus intenciones, sean o no santas.

Desde ese histórico momento, el "hombre" ha sido trasladado de su mísero cuchitril, desde su orfandad y desamparo, al punto geográfico en el que se le concede el derecho de ser parte de la obra que realiza. La esclavitud, teóricamente, ha dejado de existir.

Resulta altamente preocupante el hecho de que tal ubicación, dentro del quehacer humano, haya sido estructurada en los momentos posteriores a aquellos en que, a tiro de ballesta de la Revolución Francesa, los románticos, los creadores del movimiento conocido con tal apelativo, habían realizado una ofensiva, en iguales direcciones, con idénticos propósitos, y formas mecánicas exactas: Romper con las formas clásicas a las cuales los tenía sujetos el arte, y arrogarse el derecho de introducir dentro de las formas de expresión, la vitalidad de sus sentimientos. Si hubieran concretado en una frase la revolución que su empresa significaba, habrían condensado en un enunciado su propósito, redactándolo más o menos dentro de estos términos: "El

meollo de la expresión artística, es la pasión humana". Ambas ecuaciones son iguales, con cambio de términos, pero guardando idéntico equilibrio.

No sería, pues, muy aventurado, el afirmar que la vena poética del filósofo le indujera a encontrar, sobre el pedestre campo de la economía, la conquista que en los predios de la creación artística lograban los creadores, como una rebeldía contra las rígidas formas de la armadura clásica. Estas ideas son, como es dable suponer, nada más que leves, inocuas y volanderas suposiciones y que llevado a la polémica, ni entro ni salgo en ella, pero ayudo a mi señor, que es "tener tema".

"El Capital" consta de tres libros, si la memoria no me es infiel, y el último ve la luz, cuando su autor ya no la veía. En la monumental obra, el genio del poeta-filósofo-revolucionario, ha arquitecturado una concepción distinta de la Economía Política, y dejado planteadas las siguientes tesis: a) materialismo histórico; b) lucha de clases; c) teoría del valor; d) doctrina de la plusvalía; e) régimen de la producción capitalista o capital; f) acumulación de las fortunas.

Todas ellas han sido formuladas mediante una dialéctica lógica, cuya caligrafía, técnica y táctica, mediante el uso del razonamiento deductivo, va construyendo un tramado y una fábrica, destellantes a primera vista. Los entusiastas de estas normas, mantienen que el poeta de Tréveris no se equivocó en ningún punto. Los enemigos de la teoría, aseguran que no dio una ni por casualidad. Ambos extremos son exagerados, y como pasionales, de poco valor analítico.

Un término medio sería manifestar que la nueva interpretación de la economía, tuvo en Marx un sentido profundo de renovación, al llevar en su trabajo, como base fundamental, el principio hegeliano de que la economía no es estática, sino "un venir a ser y percer", o sea, un fenómeno en movimiento. Este hecho le da al marxismo una cualidad que lo hace tramontar toda la economía clásica.

En el año 17 —Revolución de Octubre—, vencidos los mencheviques, el poder cae de lleno en manos de los bolshevikis, cuyas máximas figuras, Lenin y Trotsky, han de aplicar sobre la realidad humana de millones de rusos, las teorías marxistas. Dijimos que las teorías filosóficas, en actitud de reposo, son un primor. Pero en movimiento, impreso por el hombre dan lugar a las "dificultades". En esta ocasión, "dificultades" sería un vocablo anémico. Lenin dice al mundo: "El fin justifica los medios". Esta frase cínica, brutal y despiadada, pone fin a la vigencia del "Amaos los unos a los otros", que pronunciara 20 siglos antes un nazareno que ustedes conocen.

Los hombres, acorralados como fieras, rompen los diques de 2000 años de cristianismo y se lanzan a lo que hoy se conoce como el "Soviet".

Dice un amigo mío: "Entre el comunismo de hoy y el marxismo del filósofo, hay tanto parecido como entre la democracia de Duvalier en Haití y la que soñara Jefferson".

Por eso, una cosa es ser marxista y otra comunista. Y el que escribe, no es ni lo uno ni lo otro. Ya lo dijo Morales, el periodista. Es un troglodita que, como se sabe, es lo único decoroso que se puede ser ahora.

## — VII —

### CRITICA DE LA RAZON MARXISTA

En la última salida a la prensa en esta serie de comentarios, que no llevan desde luego ningún ánimo polémico, se dijo que la belleza del método deductivo empleado por el filósofo-economista, hizo que los admiradores de Marx creyeran a pie juntillas todas las revelaciones que iban apareciendo conforme el sociólogo-filósofo fijaba sobre el papel sus descubrimientos. El hecho, en sí, de que la nueva concep-

ción parecía terminar con la filosofía clásica de la "economía política", era justa razón para creer que se estaba descubriendo un mundo nuevo, trascendente el hecho e igual al que Colón develara en sus viajes hacia el oeste.

Han pasado los años, y aún permanecen muchos admirando la obra "perfecta" del genio de Tréveris. A esos entusiastas, en el orden filosófico, se les conoce como "marxistas" o como "materialistas", ya que son entusiastas partidarios del "materialismo histórico", razón primigenia de las teorías que implantó Marx. Pero lo que ellos admiran es la teoría en reposo. No todos, la teoría en acción. Porque la teoría en acción, manejada por hombres, moldeada, acomodada a las realidades humanas, convertida en lo que se llama "comunismo", y aún peor, "comunismo libertario" (implantado en España del 36 al 39), la cosa cambia de aspecto y es harina de otro costal.

Existe, pues, un marxismo de gabinete. Su actividad es gustar de la dialéctica marxista como se gusta de la música de cámara de Beethoven. La habilidad, las poderosas secuencias deductivas, el nuevo enfoque de los problemas, la original o astuta inversión de principios de otras economías gazmoñas, y el malabarismo de lo hegeliano aplicado al campo económico, hacen de "El Capital", un libro aplastantemente pesado, pero innegablemente interesante.

La obra de Marx, ya bajo el ejercicio del estudio y crítica, ha tenido que soportar la vivisección de sus teorías, la comparación de sus axiomas con las inevitables rectificaciones, y sobre todo, el confrontamiento con la realidad, labor en conjunto de pensamiento y de experiencia, que deja muchos puntos en duda, niega la autenticidad y aplicabilidad de principios tenidos por inamovibles y termina por mostrarnos una creación, fabricada por los hombres y sus pasiones, que se acerca en mucho a lo monstruoso. La realidad de esta verdad que ha estado a la vista del mundo occidental, obliga a los "marxistas" a mantener el culto por el genio, pero con reservas frente a lo que los hombres hicieron con la obra del genio. De todas las teorías enunciadas, hay dos que constituyen en solo su esquema teórico, la más virulenta carga que nos han venido a poner a nosotros, pacíficos mortales precisamente debajo del sillón en el que acostumbramos leer el periódico, esperando, beatíficamente, que pase el tranvía.

La primera, es la lucha de clases. El principio de la lucha de clases, tiene por objeto adueñarse del Poder. Pero cuando se han adueñado del poder, ya no es necesaria ni la lucha, ni las clases, y por aquello de que "muerto el perro se acabó la rabia", las clases desaparecieron y quedó como muestra para artículo de museo, la separación única admisible: la clase de los que manejan el cotarro, y la clase de los que no lo manejan. A estos últimos, se les apagó la sonrisa de por vida.

La segunda, es la proscripción de la propiedad privada. El capital privado, por lo tanto, desaparece y lo absorbe el Estado. Es, por lo tanto, un Estado Supercapitalista. Retiene en su poder toda la riqueza, todo el poder económico, toda la fuerza militar, todo cuanto alienta, vive y gime. Y eso lo manejan los de la clase que se puede llamar: "Los que manejan el cotarro". El resto, los millones que forman el resto, como no manejan el cotarro, no tienen espiritualmente ni dónde caerse muertos. Son supervivientes de ellos mismos. Emergen de su propio naufragio. Alientan con esa sonrisa de quien cae al mar entre dos paralelos y dos meridianos que coinciden con el centro del Atlántico, sin esperanza alguna de salvación. A lo más que llegan es a estar gordos. Están gordos, como lo está la vaca lechera, el caballo de paseo o el gato dormilón de la abuela. El hombre ha dejado de ser hombre. Se ha convertido en animal doméstico.

Ha dejado de pensar en "tener". Ha dejado perdida la "esperanza". Vive sin codicia, —¡bendito sea Dios!— pero sin porvenir. Lo ha perdido todo, puesto que le ha sido arrebatado el derecho a forjar su propio destino. Vive y vivirá siempre en una prisión, pues el Estado, por su inmenso poderío, está en capacidad de controlar toda actividad que se intente, en cualquier campo, dentro de los límites de su jurisdicción. Es, por lo que podemos colegir, un Estado-Cárcel. Y la condena es perpetua.

El muro de Berlín, la masacre de Hungría y los tanques sobre las calles de Praga, no son nada más que síntomas de los apuros que pasan esos Estados para impedir que se emprenda otro éxodo dramático, como el del heroico pueblo judío en busca de la tierra prometida.

Hemos dicho que "no tienen ni dónde caer muertos". Aunque parezca a simple vista que esta frase es trivial, su trascendencia tramonta todas las aspiraciones humanas, porque encierra la primera aspiración del hombre. "Tener", es la obsesión del ser humano. Pero "tener" en propiedad, como algo suyo, inalienable, intransferible a no ser por propia voluntad. Creced y multiplicaos, se dijo en los tiempos bíblicos, y ello conlleva el "tener" casa, hijos, familia, posición económica, árbol y libro. "Tener" como cosa de uno, como se tiene al hijo, en su carne y espíritu. "Tener, en el siglo XX, es realizarse, y el hombre inicia su proyección de "tener", "teniendo donde caerse muerto", que ya el padre "tuvo" donde él naciera. La batalla humana que nos distrae de la presencia permanente de la muerte, semilla con la cual nacemos y que inexorablemente crece y se desarrolla en el curso de la vida, es la batalla por "tener". Como lo fue antes por "ser" y después por "pensar". Caduca y anulada esta acezante empresa, el hombre queda privado de su propia razón vital, al mismo tiempo que gime, oprimido, bajo el tremendo peso de un estado que controla sus movimientos, dirige su pensamiento y está hasta en la sopa.

Para mantener esta rígida armazón es imprescindible la fuerza. Sin ella, los pueblos se desbordarían en busca de oxígeno. Mil millones de seres pueblan una vasta porción del planeta bajo estas condiciones, sostenidos por un invento del siglo: la propaganda, que es el "reactivant" contra el drama oscuro que les tapó el sol de la esperanza. Descartados "los que manejan el cotarro", el comentarista no cree en el comunismo de los comunistas. Y menos, en el de los criollos, que lo son porque su ejercicio lo practican fuera del sistema.

A los que están dentro de él, no les queda más que decir lo que contestó Santo Domingo de Siles a un rey castellano, y luego lo repitiera Calvo Sotelo, el día antes de su asesinato, a "La Pasionaria", en las Cortes Españolas: "Podéis matarme, Señor, pero más no podéis". Treinta años después de vivir en los "Soviets", ni "La Pasionaria" es comunista.

## — VIII —

### UNA TEORIA QUE NO TIENE DESPERDICIO

Antes de anunciar el nacimiento en Alemania, de un violinista aficionado, que luego nos iba a traer el revolcón de la física clásica, hemos creído prudente dedicarle un párrafo a uno de los últimos puntos de la "razón marxista", cuya crítica tratamos de esbozar en un articulillo anterior. Se trata de la teoría de "la acumulación de capital", fenómeno que preconizó el genio, pero la cual fue puesta en duda por espacio de muchísimos años, señalándose como una de las fallas del sistema, dado el hecho de que al desarrollar una mayor cantidad de seres entraron en la calidad de propietarios de minifundios, se hicieron pequeños agricultores y florecieron, al mismo tiempo, pequeñas industrias. Todo ello, parecía contradecir a la teoría enunciada, presagiando que las vastas acumulaciones de capital constituían un error, puesto que estaba a la vista que se estaban incorporando al régimen un número mayor de personas aunque de minúscula importancia. Pero el espejismo duró bien poco. Inexorablemente, aparecieron los grandes consorcios, pues de lo que se trataba era conseguir el máximo de producción, al mínimo de costo, meta solamente alcanzable cuando la industria echaba a andar los adelantos científicos, que colocaban al hombre en situación de producir en cantidades masivas, logrando que el mercado absorbiera los productos a un precio menor. El mundo vio, pues, el nacimiento de lo que después se llamaría

el Supercapital, organización abstracta que dio en tierra, bien pronto, primero, con los pequeños productores y segundo, con el mismo capital, en su concepción clásica y modesta, que sí desempeñaba una labor de desarrollo bajo un concepto humano, cordial y profundo. Era la organización en la que, por su tamaño, el patrón y el asalariado estaban unidos por el conocimiento, la relación, la amistad y hasta, en muchos casos, el parentesco, al través de las relaciones religioso-humanas. El patrón servía de padrino en la boda o en el bautizo, y era el "ángel tutelar" en el momento del aprieto y de la enfermedad.

El Supercapitalismo, —monstruosas sociedades por acciones en las que los patrones no tenían relación ni conocimiento con los asalariados— fue al cabo la realización insoslayable de la teoría de Marx. Pero la más grande tragedia de esta acumulación de capitales, la constituyó la formación del primer núcleo marxista bajo el dominio del hombre y sus pasiones: "El Soviet", cuya ya larga historia, nos permite analizar el desarrollo de este fenómeno, desde su nacimiento hasta su mayor auge, camino recorrido con una historia de "brutalidad y opresión" que induce a creer que no puede existir sobre la tierra un solo hombre que acepte esta forma en el interior de su conciencia. (El marxismo creó lo que Marx repudiaba).

No obstante esto, la expansión del comunismo ha alcanzado límites amenazadores debido al hecho de que los propagandistas del sistema son "líderes" que no viven bajo el sistema, y por esta reconfortante y encantadora situación, les es muy fácil comulgar con ruedas de molino, con la más inefable y seráfica inocencia. O bien, adoptan el sistema, como un movimiento de oposición que busca el mejoramiento de la clase obrera, gozando del apoyo de Moscú, aprovechando las facilidades y ayudas que les permiten viajar, conocer, cultivarse, sin el remoto peligro de que sean obligados a vivir bajo una arquitectura social que a ellos, en el fondo de su razón y de sus sentimientos, comprenden que es lo más parecido al infierno que ha logrado construir el hombre. La realidad cruda es que el ser humano, buscando hacer un "cielo" en la tierra, lo que construyó fue un "infierno". No hay que extrañarse, porque un adagio popular afirma, desde muchos siglos atrás, que "el error es humano". Nos consuela que, según la teología, el "infierno" no es un mal absoluto.

Y como hay información a mano para dar una idea de eso que hemos afirmado en cuanto a lo de ser "una historia de brutalidad y opresión", se nos antoja que no está de más, incluir aquí algunos datos que ilustran, casi gráficamente, la realidad de ese binomio escrito algunas líneas arriba. Pasemos por alto, por ser muy conocidas, las historias del Muro, Hungría y Checoslovaquia. Y vamos a otra cosa.

Cuando la República Española se batía contra el levantamiento que trataba de derrocar el gobierno, Stalin, que a la sazón estaba en el poder, acudió en ayuda de ella. No vamos a entrar en detalles que son absolutamente innecesarios en esta ocasión, pero es muy importante que digamos que al suelo ibérico fue enviado inmenso material de guerra, cinco brigadas internacionales y numeroso personal especializado. Entre ellos, figuraron generales, técnicos, pilotos, comisarios, embajadores, etc. Terminada la guerra y vueltos a la patria los actores rusos, la historia dice de ellos: "Berzin, Borov, Kulik, Stachevsky, Antonov Ovseenko y Koltsov, perecieron en las purgas de 1937-38. El general Pavlov, comandante de los tanques rusos en España, (creador de la nueva táctica del ataque en masa, contra la teoría francesa de diseminar los tanques en apoyo de la infantería, táctica que los alemanes después usaron en la Segunda Guerra Mundial) fue fusilado en 1941 por no haber podido detener el avance de la "wermatch" de Hitler.

Kulik llegó a Mariscal y desapareció (?) en 1941. Grigorovich, (general Stern, en España) desapareció también en el año 1941. El general Rychagov, piloto as, fue fusilado por no haber podido detener a la "Luftwaffe" de Hitler, en el año 1941. Los mariscales Malinovsky, Konev y Rokossovsky salvaron el pellejo con la llegada al poder, tras la muerte de Stalin, de Khrushchev. Kotov, general jefe del contraespionaje en España, fue fusilado en el 53, junto con Beria. El general Ghins-

burg, fue encontrado muerto en el Hotel Bellevue de Washington, en el 41. Pareciera una paciente persecución como la que sufrió Trotsky, compañero de Lenin y artífice del ejército rojo en la revolución de octubre, asesinado en México. Lazlo Rajk, comisario en la XIII Brigada Internacional, fue ejecutado. Esta orgía de muerte, fue fatal para el Soviet, invadido por Hitler: los hombres que tenían experiencia ganada en España, estaban muertos.

Sería injusto de nuestra parte, que no agregáramos un pequeño detalle altamente consolador. En el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Khrushchev rehabilitó a los fusilados Berzin, Koltsov y Antonov, considerando esas ejecuciones como un error. Es obvio el insistir sobre lo poco que les sirvió a los rehabilitados la tarda justicia.

Y a la "Pasionaria", que la tenían oprimida, se le permitió que después de la muerte de Stalin, pudiera referirse en términos elogiosos a las "brigadas internacionales", en la revista "Cuestiones de Historia".

Nos anima el creer que estos datos —apenas una parte pequeña de toda la historia— sean suficientes para considerar que la frase "brutalidad y opresión", consignada en el texto, no peca de atrevida ni exagerada.

El hombre nace bueno y libre. Si admite y justifica el abuso de poder hasta ese extremo, no razona, ni es libre y está a punto de dejar de ser bueno. Y el comentarista cree que dos mil años de cristianismo, no se hacen a un lado por un "quítame allá esas pajas".

— IX —

### NACE UN VIOLINISTA (Y NOS MORIREMOS TODOS)

Al dar la grata noticia de que había nacido un violinista, siento la encantadora sensación de que estoy anunciando el advenimiento a la vida de un colega. El comentarista, antes que peón de almacén, agente viajero, locutor de radio, vendedor de acciones de clubes de vestidos, empleado de periódico, fue violinista. De todos los oficios, el peor es ser vendedor. Y el que le sigue en el orden dramático, es ser violinista. Por eso, el advenimiento al mundo de uno de ellos, constituye escuetamente el nacimiento de un héroe.

Este, de nuestro cuento, se llamaba Albert Einstein, y bien pronto consideró que su oficio ante el atril debía reducirlo a las veladas familiares, con lo cual hizo la primera demostración de su talento descomunal. Guardó el instrumento con todo y el arco, la pez, las cuerdas de repuesto y se propuso no hacer música nada más que para expansión de su espíritu, ocupando sus horas de trabajo en un menester de menos enjundia, (hacer música es un oficio reservado a los dioses) pero de más recatada, discreta, y llevadera labor, entrando de plano en el gozo de la paz de los laboratorios. El señor Einstein descubrió que la física clásica era como un emplasto de enjundia de gallina e introdujo una teoría que no la entienden ni los que la explican en el pizarrón de las universidades: la de la relatividad. Toda la teoría está condensada en una fórmula esotérica, misteriosa y cabalística, en cuyas entrañas penetran solamente los que ganan el Premio Nobel. La física clásica sufrió un grave trastorno y el manipuleo de la teoría dio lugar a que los hombres le imprimieran movimiento a ella, ocurriendo lo que siempre pasa: comenzaron las "dificultades". Parece ser que en el campo experimental, la teoría tuvo sus comprobaciones asombrosas, y por arte de birlibirloque, bien pronto los hombres partieron el átomo. Cuando don Elías Vicente, —aquel modesto hombre de ciencia que nos daba física en el Liceo del año 18— nos aseguraba que el átomo era la última división o partícula de la materia, nosotros quedábamos convencidos de ello. Pero después de Einstein, ya adultos, nos enteramos por la cultura que nos traen los periódicos que no había tal

culebra de pelo. El átomo era divisible, y en su interior había un microcosmos en el cual protones y neutrones daban vueltas, igual que los jóvenes y las muchachas lo hacían en las retretas del Parque Central en los tiempos en que el comentarista tocaba el violín, como Einstein. De la partida del átomo, del descubrimiento de la energía que había dentro de él a la explosión en cadena, no hubo nada más que un paso. Y de la explosión en cadena, a la bomba atómica, otro. La ciencia, pues, deslumbró al mundo con el más sensacional descubrimiento que lograba el hombre en pleno siglo XX, el que ya no se llamaría "el de las luces", sino el de las "bombas". Si volvemos la mirada y la prolongamos hasta la Edad Prehistórica, tenemos que reconocer el innegable progreso de la humanidad conseguido mediante el esfuerzo y el ingenio humanos, de esa pieza maravillosa "creada a imagen y semejanza de Dios" (éste es un error sobre el cual conversaremos algún día). En la Edad Paleolítica (?), para dar de comer a la familia, dos caballeros se ponían de acuerdo para darle "con toda alma" un garrotazo doble, armados ambos con sendos garrotos, a la cabeza de un dinosaurio, logrando mediante "la unión hace la fuerza" (adagio y ley física primera) la muerte del animalito, que al parecer era grande y bruto y pululaba por los montes con magníficos lomitos de punta. (En aquellos tiempos aún no se habían inventado los cuerpos colegiados). De aquella hazaña, a la aplicación de la bomba atómica, hay un escalofriante recorrido de la ciencia. Ahora, un solo caballero, jinete en un "jet", puede dejar caer una bomba atómica, que aunque no sea de excesivo tamaño, mate por incineración a medio millón de personas. Esto nos da una idea del inmenso adelanto científico que hemos logrado, explicable solamente por el brillante ingenio humano, creado a "imagen y semejanza de Dios".

Con los anteriores informes explicados en los artículos que antecedieron a éste, logramos un panorama detallado a groso modo del estado actual del mundo. Más de mil millones viven bajo la arquitectura de una sociedad rígida, en la que el verbo "tener" lo conjugan nada más que los elegidos. Es una sociedad sin esperanza, pero sin codicia. Sin libertad, pero sin codicia. Sin individualismo, pero sin codicia. Más que vivir, supervive. La vida es un largo bostezo, y el único problema consiste en ver cómo se puede escapar de ella.

Del otro lado, otros miles de millones, viven en una furiosa lucha de codicia, atacada por todos los cánceres de una sociedad que entra en decadencia, con un gran poder económico. Se está muriendo porque los ricos también se mueren. Contra ello, no hay nada que lo solvente. Decayó Roma, España y los grandes imperios económicos del día actual.

La bomba atómica, ese producto maravilloso, lo tienen en su poder las dos grandes porciones en que se ha dividido la humanidad. Como la cosa, —"lo que se llama el cotarro"—, lo manejan los hombres, un día que se emberrinchen más de la cuenta, se lanzarán al enfrentamiento de vanidades, que constituye el "leit motiv" del nudo gordiano. Y ese día desaparecerá la humanidad. Si ello se logra, tendremos que reconocer, desde las tumbas, que el ingenio humano, el conocimiento científico, el talento y la labor de laboratorios, fue el más alto punto a que llegó la obra del hombre, iniciada, ya en forma sistematizada por Hegel, Rousseau, Marx, Engels y Einstein.

Y cuando estemos todos muertos, tendremos la íntima satisfacción de podernos considerar personajes de la última novela de Juan Rulfo.

Un gran estruendo, que nadie oirá, porque el rayo que mata no se oye, llenará el inmenso vacío de los mundos siderales. La tierra quedará envuelta en una nube de polvo, color sangre, densa y lenta. Como una neblina espesa, se moverá por los vientos alisios hasta dejarla pelada tal que una mandarina. Un silencio, el de las esferas, volverá a imperar en el cosmos. La humanidad habrá desaparecido, y el hombre volverá a ser íntegramente bueno, como lo hizo Dios, antes del pecado original.

Porque el hombre es bueno, solamente cuando está muerto.